

Regreso al lugar del crimen

EL cine dentro del cine constituye un auténtico filón con películas ejemplares como *Ocho y medio*, de Fellini, *Los viajes de Sullivan*,

de Preston Sturges, *Cautivos del mal*, de Vincente Minnelli, *Movie Nights*, de Paul Thomas Anderson, o *La noche americana*, de François Truffaut.

En España, *La niña de tus ojos*, *Torremolinos 73* o *Arrebato* han colocado también la cámara ante el espejo de la pantalla. ¿Cine al cuadrado? ¿Será entonces la literatura sobre cine el resultado de una suma de elementos heterogéneos? ¿O el producto de dos multiplicandos destinados a encontrarse?

En tiempos de intermedialidad, autoficción y precariedad laboral entre los trabajadores de la cultura no es extraño que la experiencia profesional desembarque en territorio novelístico. De nuevo en España hay ilustres precedentes: *Cinelandia*, de Ramón Gómez de la Serna, y *Cinematógrafo*, de André Carranque de Ríos suponen sendos acercamientos personalísimos a la fábrica de sueños internacional y a la más pedestre picaresca de la inexistente industria española durante la transición al sonoro. En la posguerra, novelas humorísticas a partir de experiencias de primera mano, como *Cuando yo me llamaba Harry*, de Antonio de Lara «Tono», *Producciones García, S. A.*, de Edgar Neville, *Memorias de una estrella*, de Josefina de la Torre, y *El vendedor de naranjas*, de Fernando Fernán-Gómez sirven de puente a la actual eclosión de cineastas devenidos novelistas. Recientemente, Santiago Lorenzo ha contado en *Tostonazo* la historia de un trepa enchufado, Álvaro del Amo buceaba en *Concepción* en las desventuras de un crítico cinematográfico, Manuel Gutiérrez Aragón novelaba hace no mucho en *Rodaje* las últimas penas

de muerte del franquismo mientras Bardem prepara una película y Gonzalo Suárez ha rescatado un tebeo o novela gráfica, *El caso de las cabezas cortadas*, que dibujó en París en 1958 donde el inspector Gabin debe enfrentarse a un asesino –ojo, *spoiler*– escapado de la pantalla de un cine de repertorio.

Pero en este terreno, Óscar Aibar es reincidente. En 2008 publicó *Making of*, donde novelaba el rocambolesco rodaje en las Bardenas Reales de su primer largometraje, el wéstern futurista *Atolladero*. Era un texto en clave, donde no era difícil ver al trasluz las figuras de Iggy Pop, Félix Rotaeta, Pere Ponce o el director de fotografía Carles Gusi. La tragedia de entonces adquiere carácter esperpéntico cuando se contempla desde la distancia de un homenaje, veinte años después, en un apócrifo festival de cine fantástico en Alcantarilla (Murcia). Como tantas veces dijo Rafael Azcona, la tragedia grotesca al modo arnichesco es lo que mejor cuadra al humorismo español, sin el carácter moralizador y regeneracionista que le confería Arniches a su invento, eso sí.

En *El baile fantasma*, su nueva novela, Aibar vuelve al lugar del crimen pero con un planteamiento bien distinto. En *Making of* el vitriolo se vertía sobre la raquítica industria del momento y sobre su *alter ego*. Ahora articula su narración también en dos tiempos, pero ambas peripecias avanzan la historia unidas por un personaje y un escenario común. La

protagonista es Julia. La localización, Candeleda, en la provincia de Ávila.

¿Fabulamos? ¿Qué nos lo impide?

En su condición de realizador, Aibar podría haber viajado allí para dirigir un episodio de una de las producciones que ahora satiriza. Durante la grabación, en una rotonda, tropieza con el monumento a la *capra hispánica*: símbolo de la montaña castellana y representación ancestral del diablo, el Señor del Mal. ¿Cómo dejar pasar la oportunidad que le ofrece esta dualidad para urdir una intriga que establezca la relación entre un equipo de cine mucho antes de que existiera el Me Too y la ficción audiovisual contemporánea, presidida por la corrección política y por un *star system* regido por el número de seguidores en redes sociales?

En 1986, una adolescente de familia acomodada aficionada al *techno* que aterriza por casualidad en un rodaje como meritoria o auxiliar de producción por el simple hecho de tener coche y estar disponible. Su trabajo es hacer llegar al *set* todos los días a un patético galán en horas bajas macerado en whisky. Juan Luis Galiardo ha hecho el Tenorio tanto en televisión como en los Teatros Nacionales y pilló la época de los wésterns hispanos, en los que refulgió con una magnífica cazadora de flecos en el papel de Buffalo Bill. Todos los recursos del rodaje están destinados a que se mantenga en pie y consiga pronunciar sus frases. Antes y después, queda en manos de Julia, que debe levantarlo cada amanecer y devolverlo indemne cada

noche al chalet serrano, trasunto del castillo del conde Drácula.

En 2025 es una curtida y descreída coordinadora de intimidad, una figura importada de la industria estadounidense que la producción y los jóvenes divos de la pantalla usan como arma arrojadiza. Si aquel mundo remoto encuentra su cifra cabalística en las casetes de Kraftwerk, Esplendor Geométrico, Aviador Dro y el único tema redimible de Mecano, el mundo contemporáneo se desenvuelve en el ámbito de las marcas y los modelos de teléfonos móviles, redes sociales, coches de alta gama o cintas para correr sin moverse del sitio. El baile anestesiante o liberador frente a la danza de los indígenas norteamericanos –los «indios» de Buffalo Bill–, que pretendían mediante este ritual no solo parar el mundo, sino que el tiempo anduviera marcha atrás.

Aunque en el pasado se produjeran dos hechos traumáticos que han marcado la biografía de Julia, la peripécia de entonces deja un regusto a nostalgia y elegía. En cambio, el presente es objeto de sátira inmisericorde. Y Aibar, que sabe perfectamente que la sátira requiere arquetipos, se aplica a perfilar al resto de personajes con sus rasgos más evidentes, en una operación de deformación grotesca, que a ratos roza el esperpento, como en el caso del gurú de la actriz o de Marie, la guionista no binaria. El sarcasmo se ceba en la diversidad racial de los repartos, el postureo ecológico y el carácter jerárquico de

los equipos de rodaje, que generan relaciones tóxicas que parecen no haber cambiado en cuarenta años. ¿Quién ha dicho que el humor no debe ofender? El desinfectante en la herida siempre escuece.

Con habilidad de narrador, Aibar hace confluír las dos tramas en sendos clímax a la sombra del monu-

mento al Gran Cabrón y, con pericia de guionista, otorga –y perdón de nuevo por el *spoiler*– una salida digna a su protagonista. La operación de rebobinado a la que alude el título ha dado su fruto. –SANTIAGO AGUILAR.

Óscar Aibar, *El baile fantasma*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2025.

De lo íntimo a un retrato generacional

«Lo raro es vivir», escribió Carmen Martín Gaité en su lúcida novela de 1996. Si se piensa con detenimiento, es una idea que paraliza por su precisión. No es casual que Marta Jiménez Serrano haya escogido una cita de esta obra para abrir *Oxígeno* (Alfaguara, 2026). En su último libro, la autora nos muestra el proceso de superación de un trauma: el 7 de noviembre de 2020 estuvo a punto de morir por inhalación de dióxido de carbono.

¿Pero cómo pudo ocurrir esto? ¿Cómo llegó hasta allí? ¿Cómo consiguió salvarse para luego contarlo? Es, precisamente, en la articulación de estos interrogantes, en la fina artesanía literaria que la autora lleva a cabo donde reside el placer de su lectura. Jiménez Serrano va trenzando tramas hábilmente hasta componer

un mosaico perfecto en el que todo encaja y termina en su punto álgido: desde el principio de su relación amorosa con Juan (Gómez Bárcena) hasta la publicación de su primera novela.

Oxígeno es una novela de autoficción, sí, pero va mucho más allá de la mera anécdota personal. Es un retrato de época que pone el foco en una de las problemáticas actuales más graves: la cuestión de la vivienda. ¿Cómo crear un hogar cuando vives con la perpetua sensación de estar de paso y pensando en la siguiente mudanza? ¿Cómo crear una intimidad en este mundo hiperacelerado? Jiménez Serrano nos abre la puerta de su cotidianidad para mostrarnos una vida que podría ser la de cualquiera: ¿quién no ha sido víctima no solo de precios abusivos y condiciones draconianas,